

# Un burgalés en Winnipeg (Canadá)

Jesús Ángel Miguel García

Vivo para y de nuestra lengua; un seguro para la vida, y un pasaporte para la eternidad. No escogí ser profesor de español; me enamoré de esa profesión estudiando con los jesuitas de Burgos. Un profesor puede cambiar la trayectoria vital de un hombre. Hice Magisterio en Burgos, de cuyos catedráticos guardo inolvidables recuerdos, a los que tanto debo y a los que tuve el privilegio de contar como mentores y amigos: Timoteo Riaño, Carmen Aja, María Jesús García de la Mora y José Antonio Gil Caballero. Los años huyen arrebujados en los pliegues del tiempo. En 1991 conseguí una beca para ir a terminar Filología en la Universidad de Newcastle, al norte de Inglaterra. Después de la licenciatura vino un máster y mi carrera como profesor universitario y director de lenguas. Fueron doce felices años.

Un alumno mío me presentó en Newcastle a quien terminaría siendo mi esposa. Dicen que el amor lo conquista todo, y así, en octubre de 2002 nos vinimos a vivir a Winnipeg (Canadá), su ciudad natal. En 2003 fundé el Instituto Español en Winnipeg (The Spanish Institute) para promover la lengua y cultura española, a través de cursos, actividades culturales y un servicio de traducción e interpretación. Algo sin parangón por estos lares.

Ser burgalés en Canadá, en tanto que profesor de español y director del Instituto Español de Winnipeg, puede ser motivo de paroxismo, si acaso lingüístico y cultural, y máxime cuando se cosechan notables éxitos pergeñando en aras de nuestro acervo: Premio «MTS (la compañía telefónica) al Negocio Pionero», Premio «Estrella de la Ciudad», medalla de la Orden de Rizal... Los medios de comunicación locales presentan al Instituto como el baluarte de la lengua y cultura española en Winnipeg. En mi haber hay: conciertos, exposiciones, recitales, conferencias, artículos (uno de ellos encargado por el Instituto Cervantes para su *Enciclopedia del español en el mundo*), premios, 130 cursos de español, más de 5.000 alumnos y 450 menciones y entrevistas en prensa, radio y televisión. «Sólo cabe progresar cuando se piensa en grande, sólo es posible avanzar cuando se mira lejos», decía Ortega y Gasset.

Todo cambio presenta retos. Cambiar de ciudad (de Newcastle a Winnipeg), de país y de continente cuesta y lleva tiempo. A pesar de que aquí se habla la misma lengua que en Inglaterra, y salvando las lógicas variaciones culturales y de acento, hay ciertas semejanzas. Sin embargo, el clima es realmente extremo: de -26 °C en pleno invierno pasamos a +26 °C en verano. Yo suelo bromear y digo que en Canadá no hay mal tiempo sino gente mal abrigada. Por otra parte, y valga el retruécano, Canadá nunca te deja frío; la gente es calurosa y muy cordial, al tiempo que la diversidad de gentes es grandísima. A fin de cuentas, todos somos emigrantes o descendientes de emigrantes en estos yermos. Los primeros agricultores colonos procedentes de Escocia y otras partes de Europa llegaron a esta provincia en 1812.

Si ancha es Castilla, Manitoba lo es más. Con una superficie de 649.950 Km<sup>2</sup>, es decir, más grande –en extensión, que no en importancia e historia– que España (540.030 Km<sup>2</sup>), está situada en el centro de este enorme país (el segundo del mundo), colindando con el poderoso e influyente vecino estadounidense. Bien podría decirse que Manitoba es el granero de Canadá (12% de la tierra cultivable canadiense), aunque también hay bosques y miles de lagos. Winnipeg tiene unos 600.000 habitantes. Su oferta cultural, que aprovecho y disfruto, es vasta: conciertos de la orquesta filarmónica y coros, festivales de música y teatro, ópera, ballet, etc. Por todo ello me siento como en casa ya que desde joven me interesé por la cultura en Burgos y en Valladolid, donde continué con mi licenciatura de Filología, mientras vivía en la residencia universitaria «Menéndez Pelayo», regentada por los jesuitas. También dedico parte de mi tiempo libre a labores en aras de la comunidad y del mundo de la cultura en cargos de la junta directiva de la Orquesta de Cámara de Manitoba, el Club de Manitoba, la Orden de los Caballeros de Colón, y otras asociaciones de índole benéfica.

A mi esposa y a mí nos encanta el kárate, los bailes de salón, leer todo lo que cae en nuestras manos y a escuchar la radio. Pero, por encima de todo, mis pasatiempos preferidos son las tertulias, las veladas con los amigos y, especialmente, los paseos con mi mujer.

Parafraseando al poeta zamorano León Felipe –otro emigrante que conocía lo que es España y lo que significa ser emigrante–, los grandes profesores no tienen biografía, tienen destino. El mío parece estar ligado a tierras de habla inglesa, consagrado a la enseñanza y promoción de nuestra lengua, como si misionero o embajador del español fuera. Sé que moriré extranjero.



El autor del relato en The Spanish Institute de Winnipeg (Manitoba, Canadá).